



Juan Guzmán Cruchaga

683310

La poesía de Juan Guzmán Cruchaga ha cumplido una importante y extensa trayectoria en el ámbito de la literatura nacional, constituyendo, en su totalidad, un factor indispensable e imposible de soslayar para la más exigente historia de nuestro lirismo.

Esta trayectoria comienza en 1914, cuando publica su primer libro, "Junto al brasero", y alcanza hasta su más reciente volumen de poemas, "Sed", editado no hace mucho tiempo por la editorial de la Universidad Católica de Valparaíso.

Fue precisamente aquel libro de juventud el que situó a su autor en un primer rango entre los escritores de esa época, siendo la suya una generación singularmente valiosa y que venía a fortalecer y a subrayar la labor de sus predecesores: Diego Dublé Urrutia, Carlos Pezoa Véliz, Augusto d'Halmar, Manuel Magallanes Moure, en poesía; Eduardo Barrios y Mariano Latorre, en narrativa, nombrados éstos entre los muchos excelentes escritores de los primeros años del siglo.

Los intelectuales chilenos que surgían contemporáneamente con la primera guerra mundial, prestan un nuevo impulso a la literatura patria, incluso haciéndola traspasar las fronteras, como sería el caso de Gabriela Mistral con su Premio Nobel, y que, precisamente en 1914, salía a la luz pública con los famosos "Sonetos de la Muerte". En dicho período es, igualmente, de decisiva importancia la trascendencia de Vicente Huidobro, quien experimenta con una nueva expresión poética: el caligrama.

Asimismo, en una referencia crítica de aquella generación, no se podría omitir la imprescindible contribución del Grupo de los Diez, el que ejerce su influencia no sólo en la literatura sino también en las artes todas (música, pintura, arquitectura, etc.), y bajo la iniciativa siempre

creadora de Pedro Prado, el extraordinario autor de "Los Pájaros Errantes" y de "Alsino".

Es en ese medio en el cual se desenvuelve la personalidad poética de Juan Guzmán Cruchaga. Amigo inseparable de Huidobro, colabora en la revista "Azul", que fundó el poeta creacionista bajo la advocación de Rubén Darío, cuyo regreso a Chile se anunciaba por esos días.

Imponiéndose, pues, su poesía desde el primer momento, las páginas de la polémica antología "Selva Lítica" (1917) se abren sin reticencia para sus producciones. Aun más, es posible que en la presentación de los poemas suyos, hecha por Julio Molina Núñez, ya se advierte lo que se podría llamar "la constante" de la poesía del autor: "Así, casi literalmente, hay que repetir uno de sus breves poemas, cuya idea matriz aparece única, sin aditamentos preliminares o terminales, como es costumbre cuando se trata de producir efectos verbales o ideológicos. La sensación estética del poema se dirige directamente a nuestras fibras sentimentales; esa sensación no nos hace razonar, sencillamente nos hace sentir, imponiendo ante nuestro espíritu el prestigio de una poesía verdadera, legítima".

Lentamente, a lo largo del tiempo, el ganador del Premio Nacional de Literatura (1962) va consignando su aventura lírica en pequeños volúmenes: el tono suyo es sobrio, casi sin palabras agregadas, es elegante y claro, diáfano acaso, precisamente para que se pueda advertir, a través de su sencillez, nitidamente su profundidad.

Pareciera que su diapasón registrara la inapelable sentencia de Lope: "La poesía debe costar gran trabajo al que la escribe, y poco al que la lee".

La dicción se torna a veces en un susurro, como si el poeta quisiera

dialogar con su propia alma y con el alma de los lectores.

Los temas rimán con las circunstancias espirituales de su existencia, mucho más que con los sobresaltos, trajes, intereses, anécdotas y sorpresas de la vida cotidiana.

Igual sentido de discreción y encanto tienen sus piezas escritas para la escena. En ellas la imaginación del escritor se nos presenta tan libre como en sus poesías: describe a criaturas de sueños y leyendas, las expone al fulgor de las candilejas, aunque parece que siempre estos personajes suyos mantienen una parte de sus corazones en reserva, entre bastidores, no entregándonos integralmente el secreto de sus vidas.

Sin embargo, este autor tan interiorizado, tan ensimismado, tan particular y voluntariamente sumido en la meditación poética, fue simultáneamente un eficiente servidor público. Ingresó a la carrera diplomática y se desempeñó con singular acierto en todas las misiones que le fueron encomendadas, terminando, en 1962, con el rango de Embajador.

Con todo, estas largas y obligadas ausencias del país no le impedían saberse y sentirse profundamente atado a los usos y costumbres de nuestra nacionalidad.

Cordial, hospitalario, generoso, siempre supo acercarse con simpatía a las nuevas generaciones de escritores. No para aconsejar, sino para ver y comprender, y acaso este rasgo suyo le haya granjeado siempre el respeto y cariño de todos.

Su trayectoria humana ha concluido, y aunque él solicitó a su alma que nada le dijera ("alma, no me digas nada"), es posible que esta alma suya, tan transparente, noble y buena, le asegure ahora, en el momento de su muerte, que esta trayectoria suya ha sido embellecida por la poesía y por la dignidad humana.

El Mercurio, Santiago 27-VII-1974. P. A3

Juan Guzmán Cruchaga. [artículo]

Libros y documentos

FECHA DE PUBLICACIÓN

1979

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Juan Guzmán Cruchaga. [artículo]

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile